

zaba con veinte mil hombres. En los alrededores de la aldea de Weissig tuvo lugar este fatal encuentro. Hallóse delante de la primera división de Lauristón, sostuvo en su contra un encarnizado combate, pero dejó allí más de dos mil hombres, y vióse obligado á retirarse hacia el Spree, donde se incorporó al cuerpo ruso de Barclay de Tolly la noche del 19 de mayo. A causa de nuestra superioridad numérica la pérdida era insignificante para nosotros: importancia tenía para los coligados, pues debilitaba singularmente un cuerpo de que necesitaban mucho, á fin de defender las posiciones que trataban de disputarnos.

Cada cual tornó á su puesto el 19 por la noche. Barclay de Tolly trasladóse á la extrema derecha de los coligados; el general York, reducido de ocho á seis mil hombres muy fatigados, se volvió al centro: Ney distaba sólo algunas leguas de la aldea de Klix, por donde debía cruzar el Spree, y la división de Peyri, allegando sus restos, juntóse en torno del general Bertrand lo mejor que pudo. Tales combates, que en otros tiempos se consideraran como batallas, no eran más que las escaramuzas de estas luchas gigantescas.

Al día siguiente 20 de mayo, midiendo Napoleón el tiempo que le hacía falta para forzar la primera línea, no quiso empezar la acción hasta el mediodía, á fin de que la noche fuera límite obligado entre la primera operación y la segunda. Empleóse la mañana en preparar los puentes de caballetes y las barcas necesarias para los diversos pasos del Spree.

Situado Napoleón personalmente á mediodía enfrente de Bautzen dió la señal, y comenzó la acción por un fuego general de nuestros tiradores, que se habían desparramado á lo largo del Spree para ahuyentar de sus márgenes á los tiradores del enemigo. A la derecha, ateniéndose el mariscal Oudinot á las órdenes recibidas, aproximóse al Spree hacia la aldea de Sinkwitz con la división de Pactod. Bajando dos columnas de infantería casi sin ser descubiertas al muy encajonado lecho del río, lo vadeó la una y lo pasó encima de un puente de caballetes la otra, y ocultas ambas por el escarpe de la orilla derecha, desembocaron allí antes de que el enemigo pudiera echar de ver su presencia. Pero llegadas al otro lado del Spree, se hallaron por delante con las tropas rusas que formaban el ala izquierda de los coligados. Puesta á las órdenes de Miloradowitch, se componía del antiguo cuerpo de este jefe, del de Wittgenstein, y de la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg. Cargadas fueron las dos brigadas del general Pactod por muchas columnas de infantería, pero se mantuvieron firmes, dieron tiempo á la división francesa de Lorencez, y á la segunda del mariscal Oudinot, de irse á situar sobre su derecha, y acabaron por señorear el territorio que habían invadido. Detrás de ellas hizo pasar el mariscal Oudinot á la división bávara, y con estas tres divisiones avanzó hasta la falda de las montañas de nuestra derecha, sobre todo de la principal denominada el Tronberg, y acometió la empresa de trepar á su cumbre bajo el fuego del enemigo, con la izquierda hacia la aldea de Jessnitz, y con la derecha en la dirección de Klein-Kunitz.

Mientras se consumaban estos sucesos á nuestra derecha, hacia el centro el mariscal Macdonald acometía de frente la ciudad de Bautzen, con sus tres divisiones,

comenzando por el ataque del puente de piedra, que estaba fuertemente barrado y guardado por infantería. A fin de quebrantar el valor de los defensores de este puente, hizo bajar al lecho del Spree á una columna, que se trasladó de una á otra orilla sobre algunos caballetes. Entonces el mariscal se arrojó sobre el puente de piedra, tomólo sin dificultad, y corrió sobre la ciudad misma, envolviéndola con dos de sus divisiones. Con la tercera, la del general Gerard, cuidó de alejar á la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg, que deseaba ir en socorro de Bautzen, según las apariencias. Al mismo tiempo, dispuso atacar las puertas de la ciudad á cañonazos, á fin de echarlas á tierra, y penetrar en lo interior á bayoneta calada.

Algo más abajo de Bautzen, frente por frente de Nimschutz, cruzó igualmente el mariscal Marmont el Spree con sus tres divisiones, y trasladóse al terreno que le estaba asignado, entre el centro y la izquierda de la posición general. Pero para establecerse en este punto había que tomar la aldea de Burck, defendida por el general prusiano Kleist, oficial tan hábil como vigoroso. Con las divisiones de Bonnet y de Compáns embistió el mariscal Marmont la aldea de Burck, y ganóla no sin trabajo. Más allá empezaba la segunda posición de los coligados. Un riachuelo fangoso, hondo, guarnecido de árboles, formaba su primera defensa. Tres aldeas, la de Nadelwitz á la derecha, la de Nieder-Kayne en el centro y la de Bazankwitz á la izquierda, ocupaban la margen del riachuelo. El general Kleist se había replegado sobre estas tres aldeas, llamando al general York en su ayuda. Además de estos dos cuerpos prusianos, tenía el mariscal Marmont á su izquierda sobre algunas colinas cubiertas de matorrales al mismo Blücher con veinte mil hombres, y detrás y hacia la derecha á la ciudad de Bautzen, todavía no tomada. De consiguiente, no pensaba en encenrar la segunda posición de los enemigos, y no deseaba más que mantenerse en el terreno ya conquistado. Presentó buen continente, y admirablemente auxiliado por sus tropas, resistió á todos los ataques de los prusianos. De Bazankwitz salió el general Kleist para acometerle á la bayoneta, pero el general Bonnet aguantó la carga con los marinos, y le rechazó victoriosamente. En el mismo instante la caballería de Blücher cayó sobre esta bizarra tropa, que ya se las había con la infantería prusiana. Con imperturbable firmeza y formados en cuadros, la recibieron los regimientos 34 de ligeros y 4.º de marinos. Mientras el mariscal Marmont se defendía de esta suerte, para no tener á la espalda la ciudad de Bautzen, ya acometida y aún no tomada, destacó sobre su derecha á la división de Compáns, que, hallando una parte de los muros de Bautzen más accesible, escalólos y facilitó á las tropas del mariscal Macdonald la entrada. A este tiempo el general Bertrand cruzaba más abajo del mariscal Marmont el Spree por Nieder-Gurk, á la falda de las colinas donde Blücher estaba acampado. De pronto logró cruzar el Spree, que por aquel punto se divide en muchos brazos pantanosos; pero cuando tuvo que trepar la elevada varga de la orilla derecha, y que desembocar en presencia de las tropas de Blücher, vióse en la necesidad de hacer alto, como que se hallaba delante de una posición fuerte por extremo y defendida por la parte más enérgica del ejército prusiano. Con todo, había ocupado per-

sonalmente una colina á la margen derecha del Spree y apostado allí un regimiento, el 23, que debía ser protegido por toda la artillería que teníamos á la margen izquierda. Entonces eran las seis de la tarde, y ya toda la primera línea del enemigo había caído en nuestras manos. A la derecha el mariscal Oudinot había cruzado el Spree y tomado la montaña denominada el Tronberg á los rusos; en el centro, el mariscal Macdonald había ganado el puente de piedra de Bautzen, así como la ciudad misma, y después de cruzar el mariscal Marmont el Spree, había hecho pie á orillas del riachuelo, donde empezaba la segunda línea del enemigo; finalmente, á la izquierda el general Bertrand se había proporcionado más allá del Spree un desemboque enfrente de las colinas ocupadas por Blücher, y formando el punto más importante de la segunda posición. Por tanto el resultado á que aspirábamos se había obtenido, y sin pérdidas de grande monta. Si contara menos con su segunda línea el contrario, nos pudiera disputar la primera todavía con mayores bríos. No obstante, defendióla bizarramente, y con gloria superamos su resistencia. Este primer acto se hallaba terminado á medida de nuestro deseo, y llegando el mariscal Ney á Klix á la misma hora, todo auguraba igual éxito para el día siguiente, aunque la jornada se anunciase como más ardua, cabalmente porque debía ser decisiva.

Napoleón entró en Bautzen á las ocho de la noche, tranquilizó á los habitantes espantados, y fué á acampar extramuros y en medio de su guardia formada en muchos cuadros. Todo lo previno para el ataque del día siguiente 21.

Desde el terreno que se había conquistado al transponer el Spree, se podía formar una idea más exacta de la segunda posición que debía ser embestida. El arroyo que formaba su principal alineamiento, llamado el *Bloesaer-Wässer* (1), del nombre de una de las aldeas por donde cruza, salía de las montañas de la derecha, y después de abrirse paso por entre sus repentinos rodeos, seguía á lo largo de la meseta sobre la cual se encuentra Bautzen asentada; bañaba el pie de ella; entre álamos y sauces resbalaba por Nadelwitz, Nieder-Kayne y Bazankwitz, aldeas delante de las cuales se hallaba situado el mariscal Marmont el día 20; sobre nuestra izquierda y á la altura de Kreckwitz torcía detrás de las colinas cubiertas de matorrales en cuya cumbre había tomado Blücher posición; seguía su respaldo retrocediendo hasta Klein-Bautzen; de esta suerte pasaba por detrás de estas colinas al par que el Spree pasaba por delante; dejábalas en una aldea llamada Preisitz; y finalmente, iba á desaguar en el Spree por entre la vasta llanura mezclada de praderas y estanques de que ya hemos hablado.

Replegádose había la izquierda de los rusos, compuesta de los antiguos cuerpos de Miloradowitch, de Wittgenstein y de la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg, sobre una de las altas montañas donde nace el arroyo de Bloesaer-Wässer, entre Jenkwitz y

(1) Sobre los mismos lugares que he visitado muy recientemente, no lleva otro nombre que el que se da á la mayor parte de los arroyos en todos los países, *arroyo del Molino*; pero en un plano alemán, muy detallado y muy bien hecho, del cual existe un ejemplar en el depósito de la guerra, lleva el nombre de *Bloesaer-Wässer*, que uso aquí para designarlo más fácilmente en el curso de mi relato (N. del A.)

Pilitz, y debía defenderla á todo trance contra nuestra derecha establecida en el Tronberg. Formado el centro por las guardias y las reservas rusas, y encargado de defender la parte intermedia de la posición, se había situado detrás del Bloesaer-Wässer, esto es, en Baschutz, sobre una eminencia que se hallaba enfrente de Nadelwitz y de Nieder-Kayne, al amparo de muchos reductos y de muy fuerte artillería. De esta suerte el centro de los coligados presentaba un anfiteatro erizado de cañones, y si para atacarle el centro francés, compuesto de Marmont, de la guardia y de Macdonald, bajaba de la meseta de Bautzen y cruzaba el Bloesaer-Wässer por Nieder-Kayne ó por Bazankwitz, tenía que atravesar una pradera pantanosa bajo un fuego formidable de arriba abajo, y que tomar luego al descubierto la altura de Baschutz guarnecida de reductos.

Hacia su derecha, esto es, hacia nuestra izquierda, en vez de establecerse los coligados detrás del Bloesaer-Wässer, se apostaron delante. Atribuyendo con razón grande importancia á aquellas colinas cubiertas de maleza, por donde penetraba el Spree para desembocar en la llanura, y detrás de las cuales corría el Bloesaer-Wässer, dejaron allí á Blücher para que las disputara con su denuedo de siempre, de modo que á la extremidad su línea, en vez de retrogradar á semejanza del Bloesaer-Wässer, presentaba una especie de promontorio avanzado. Blücher estaba allí con veinte mil hombres, aguardando á que el general Bertrand quisiera salir del apeadero que se había asegurado el día antes al cruzar por Nieder-Gurck el Spree. Sobre su izquierda, á lo largo del Bloesaer-Wässer, esto es, en Kreckwitz, tenía Blücher los fatigadísimos restos de Kleist y de York, y luego al respaldo de las colinas la caballería prusiana y parte de la caballería rusa, para cubrirle las espaldas. Finalmente, en la llanura húmeda y verdeante que se dilataba más allá de aquellas colinas, y en cuyo seno confluyen el Bloesaer-Wässer y el Spree, sobre una ligera cumbre, marcada por un molino de viento, se hallaba Barclay de Tolly con sus quince mil rusos. Allí estaba para resistir á las tentativas del mariscal Ney, cuya importancia toda no podían avalorar aún los coligados.

Por consiguiente, había que tomar un tremendo conjunto de posiciones, porque nuestra derecha, á las órdenes del mariscal Oudinot, tenía que sustentarse encima del Tronberg, conquistado por ella, y pasar más allá si era posible; nuestro centro, á las órdenes de Macdonald y de Marmont, apoyado por la guardia, debía descender á orillas del Bloesaer-Wässer, cruzarlo, atravesar al otro lado la pradera bajo el fuego de los reductos rusos de Baschutz y apoderarse de ellos; finalmente nuestra izquierda, á las órdenes del general Bertrand, tenía á su cargo trepar á las colinas defendidas por Blücher y arrebatárselas. Bien se pudiera sucumbir en esta triple tarea, ante obstáculos de terreno tan numerosos, y detrás de los cuales estaban alineados cerca de cien mil prusianos y rusos arrojados, si contra ellos no se tenía otro recurso que el de un ataque de frente. Pero Ney, llegado aquella misma noche á Klix con sesenta mil hombres, debía cruzar por allí el Spree, atravesar la vasta llanura mezclada de praderas y de estanques que se hallaba á nuestra extrema izquierda y á la extrema derecha de los coligados, forzar todos los obstáculos con que tropezara

en el camino, desfilan detrás de las colinas ocupadas por Blücher, y encaminarse hacia el campamento de Hochkirch, que se descubría en el mismo fondo del campo de batalla, campanario cubierto de un cobre verdusco y reluciente. Desde todas partes se descubría este campanario, y habíase señalado Napoleón al mariscal Ney como objeto de bulto de sus esfuerzos. Orden tenía el mariscal de ponerse en movimiento desde por la mañana, de cruzar el Spree por Klix á toda costa, de desembocar seguidamente á espaldas del enemigo, y de hacer resonar lo más pronto posible sus cañones hacia Preisitz y Klein-Bautzen, sobre el camino de Hochkirch. Este momento aguardaba Napoleón para hacer atacar á Blücher, de frente por Bertrand, de flanco por Marmont, para cruzar acto continuo el arroyo de Bloesaer-Wässer, é ir á asaltar los reductos del centro defendidos por la guardia rusa. Posible era que, si Ney aparecía en Klein-Bautzen á tiempo, no sólo fuese Blücher batido, sino también copado del todo. Al menos era seguro que su retirada debía determinar la retirada de todo el ejército enemigo.

Tales eran las sabias disposiciones de Napoleón para la jornada del 21, disposiciones que ordenadas desde lejos, sobre todo con respecto á Ney que caminaba á larga distancia, dejaban á la inteligencia de sus lugartenientes un poco más que de costumbre. Cada cual pernoctó en el vivaque sobre el terreno que había conquistado, con un tiempo excelente, y con plena confianza en el resultado de la próxima jornada. Napoleón pernoctó en medio de los cuadros de su guardia sobre la meseta de Bautzen, descubriendo desde el punto en que se hallaba todas las posiciones del enemigo, mas no el terreno que debía recorrer el mariscal Ney y que le ocultaban las colinas ocupadas por el ejército prusiano. A la sazón se preguntaba si esta nueva batalla no sería precavida por la respuesta á su carta del 18, donde se adhería al principio de un armisticio propuesto por el Austria, y anunciaba el envío de Mr. de Caulaincourt para negociarlo. Pero esta respuesta no le había llegado el 20 por la noche, ora porque no se quisiera recibir á Mr. de Caulaincourt y permitirle que se aproximara al emperador Alejandro, ora porque se prefiriera probar de nuevo la suerte de las armas. De estas dos suposiciones convenía mejor á Napoleón la segunda, porque estaba seguro de que la nueva batalla excitaría á juiciosas reflexiones á los más recalcitrantes entre sus enemigos. Fuera lo que fuere, entregóse á su descanso de costumbre la víspera de las grandes batallas.

Frente por frente, y en una posición que correspondía con bastante exactitud á la suya, en la casa de postas de Neu-Burschwitz, agitados los soberanos aliados, como lo están siempre las personas inexpertas ante las situaciones graves, se hallaban empeñados en una deliberación triste y laboriosa que duró toda la noche. Firmemente resueltos estaban á arrostrar los azares de una nueva batalla. A sus manos había llegado la carta relativa al armisticio y á la misión de Mr. de Caulaincourt, y sin demora quedaron acordes sobre este punto.

Calculando que, si admitían á Mr. de Caulaincourt cerca de ellos, al instante concebiría el Austria las más vehementes sospechas y no dejaría de ver en esta admisión la posibilidad de un ajuste directo entre Francia y Rusia, determinaron expresar cortésmente á Mr. de

Caulaincourt que se dirigiera á Mr. de Stadión, como al representante de la potencia mediadora y encargada de todos los parlamentos, aun de los relativos al armisticio, y diferir además la tal respuesta hasta después del resultado de la batalla, á causa de que el partido de los patriotas alemanes, influyentes de un modo directo sobre el ejército prusiano, é indirecto sobre el ejército ruso, pusiera el grito en el cielo, si se aceptara un armisticio antes de que lo exigiera la necesidad más imperiosa. Resueltos los soberanos aliados á la batalla, se pusieron á discutir acerca de sus eventualidades. Poco se lisonjeaba el rey de Prusia, al par que el emperador de Rusia se las prometía muy felices, lleno como estaba de un insigne ardor belicoso que no le consentía descanso. Por decirlo así, se había apoderado del mando supremo, y para ejercerlo más á sus anchas, se lo confirió nominalmente al conde de Wittgenstein, quien tenía por inspirador al general Diebitch. A Barclay de Tolly debió pertenecer el mando efectivo, á causa de sus antecedentes y de su categoría; pero para desembarazarse de su inflexibilidad, señalóse una especie de papel aislado hacia la extrema derecha de los enemigos sobre los terrenos inundados entre el Bloesaer-Wässer y el Spree, en la posición llamada del Molino de viento. Cabalmente sobre la posición de Barclay de Tolly versó el debate entre el emperador Alejandro y los numerosos oficiales rusos y prusianos, que le llevaban sus dictámenes unos tras otros, y se los hacían adoptar sucesivamente. Sobremanera se había reforzado la izquierda á las órdenes de Miloradowich: cubierto estaba el centro por los formidables reductos de Baschutz y defendido por la guardia imperial rusa: al decir de Blücher, la derecha era invencible sobre las colinas, y los prusianos juraban que por virtud de su denuedo vendrían á figurar como las Termópilas de Alemania. ¿Pero podría Barclay de Tolly resistir á Ney, que al parecer se dirigía en su contra? Tal era la cuestión verdadera. Alejandro, cuyo golpe de vista no se hallaba aún muy ejercitado, persuadióse de que le quería arrancar Napoleón el apoyo de las montañas, y así no quería debilitar este lado en provecho de otro alguno. Sobre el peligro que amenazaba á Barclay de Tolly, insistió Mr. de Muffling, oficial de estado mayor distinguido, tras de reconocer cuidadosamente el terreno, y acabó por lograr que le oyera Alejandro, propicio siempre á escuchar á cuantos le daban consejos, tanto por benevolencia de carácter como por el honrado deseo de comprenderlo todo. Pero ante la respuesta del conde de Wittgenstein de que Barclay de Tolly tenía quince mil hombres, mostróse tranquilo Alejandro, y su estado mayor de igual manera, exceptuando á Mr. de Muffling tan sólo. Como empezara á despuntar el día, ya había necesidad de poner término al debate para acudir cada uno á su puesto.

Efectivamente, para que ocupasen el que les correspondía según lo mandado, llamaba Napoleón á todos, encontrándose muy temprano en el suyo. Desde la posición donde estaban los soberanos, se les veía sobre la meseta de Bautzen á caballo, dictando órdenes y completamente á alcance del cañón enemigo. Un excelente anteojo de larga vista llevaba el embajador británico lord Cathcart en esta jornada, y con su auxilio no perdía á Napoleón ningún movimiento; así todos los jefes se lo tomaban prestado para ver á tan formidable ene-

migo, y anhelaran adivinar lo que pasaba dentro de su mente, al modo que se enteraban de cuanto acontecía en rededor de su persona. Objeto de extremada curiosidad era un uniforme amarillo y con galones que se descubría á su lado. Se preguntaban si sería Murat el que vestía aquel uniforme, gastando siempre extraños trajes, y si quizá suministraría esto la prueba de que la caballería francesa, ya organizada, había llegado finalmente al campo de batalla. Muy luego se supo que aquel uniforme amarillo era de un postillón sajón, de quien Napoleón se servía para que le indicara el sitio donde caían las aldeas, cuyos nombres se hallaban inscritos en su mapa.

Ya un espantoso cañoneo llenaba con sus estampidos la vasta extensión del campo de batalla. A nuestra derecha estaba el mariscal Oudinot sobre las alturas de Tronberg, conquistadas el día antes, y se las disputaba á los rusos de Miloradowitch, que no omitían esfuerzos por recuperarlas. Inmóvil Macdonald y Marmont hacia el centro, teniendo entre uno y otro los cuadros de la guardia y detrás la caballería de Latour-Maubourg, se hallaban pendientes de las órdenes de Napoleón, quien por su parte aguardaba el éxito de la maniobra confiada al mariscal Ney. Llevando el general Bertrand á cabo hacia la izquierda el paso del Spree, comenzado el día antes, al frente de sus tres divisiones trepaba el escarpe de la orilla izquierda. Pero dos leguas más abajo, esto es en Klix, se consumaba el suceso decisivo de la jornada. Con efecto, el mariscal Ney acababa de pasar el Spree por dicho punto y de arrollar á las avanzadas de Barclay de Tolly.

Al otro lado del Spree tenía á su derecha el respaldo de las colinas ocupadas por Blücher, y los estanques extendidos á lo largo de su falda, delante el molino de viento donde Barclay de Tolly se encontraba establecido, y á la izquierda las márgenes pantanosas del Bloesaer Wässer. En derechura y resueltamente marchó sobre el molino de viento. Por la derecha y hacia Piiskowitz destacó á una de las tres divisiones del cuerpo de Lauristón, la mandada por el general Maisón, para que probara á trepar á las colinas cubiertas de cañones y de uniformes prusianos. Por la izquierda dirigió las otras dos divisiones del general Lauristón á las órdenes del mismo caudillo, para cruzar el Bloesaer-Wässer más abajo de Klein, y rebasar de esta suerte la posición del enemigo.

En movimiento desde la madrugada, cruzó el Spree muy temprano, y al instante acometió la posición ocupada por Barclay de Tolly. Éste le disparó gran número de balas, como que tenía más cañones que soldados. Efectivamente, compelido á guardar una línea muy extensa desde la falda de las colinas, de que Blücher ocupaba la cumbre, hasta las praderas por donde cruzaba el Bloesaer-Wässer, sólo poseía cinco ó seis mil hombres en el molino de viento. Pero el mariscal Ney no era hombre á quien detuviesen las balas. Avanzando prosiguió hasta el molino de viento, y á pesar de la acreditada energía de Barclay de Tolly, logró que perdiera terreno. A la sazón Barclay tenía al lado á Mr. de Muffling, que tantos esfuerzos había hecho para atraer á esta parte de la posición la atención de Alejandro, y tras de hacerle presenciar su resistencia y sus peligros, despachóle cerca de Blücher en requerimiento de soco-

ros. Temeroso de ser repelido desordenadamente si perseveraba delante del Bloesaer-Wässer, lo tornó á cruzar por Gleine, y fué á establecerse sobre el declive de las alturas que llenaban el fondo del campo de batalla, para disputar á los franceses los caminos de Wurschen y de Hochkirch, que debía seguir todo el ejército coligado en la retirada. Allí encontró las tropas de Lauristón que llegaron á provocarle, si bien la ventaja del terreno le permitía defenderse en su contra.

Después de tomar Ney el molino de viento, subió algo á la derecha, para coger de revés las colinas, sobre las cuales había descubierto la masa de las tropas prusianas, y hallóse dentro de la aldea de Preititz, situada junto al Bloesaer-Wässer, cabalmente donde este arroyo, después de girar á espaldas de la posición de Blücher, seguía recto á desembocar en la llanura. A la división de Souham hizo que ganara la aldea, y ya allí comenzó á experimentar algunas dudas acerca de lo que le faltaba poner por obra. Bien divisaba en el fondo el campanario de Hochkirch, objeto señalado á sus esfuerzos; pero teniendo delante espesas masas de caballería, á las cuales sólo podía oponer alguna caballería ligera, teniendo á la izquierda á Barclay de Tolly en una posición ventajosa, á la derecha las colinas defendidas por Blücher, separándole de Napoleón una distancia de tres leguas y las cumbres cubiertas de maleza, este héroe que, según ya hemos dicho, experimentaba á veces vacilaciones de entendimiento, al par que de corazón nunca, se detuvo para oír el cañón del resto de la hueste y no empeñarse demasiado pronto.

Entretanto llegaba el socorro destinado á Barclay de Tolly, socorro que Mr. de Muffling había obtenido á duras penas de la incredulidad de Blücher y de Gneisenau. De cierto cuando Mr. de Muffling se presentó junto á ellos, se hallaban ocupados en distribuir proclamas patrióticas á las tropas prusianas, en hablarles de estas Termópilas germanas, donde había que exhalar el último suspiro, y rehusaban creer que se les amenazara con ser cogidos por la vuelta. No obstante, á instancias de Mr. de Muffling, dispuso Blücher que algunos batallones del cuerpo de Kleist y dos de la guardia real dejaran sus espaldas, y fuesen á recuperar á Preititz.

Efectivamente estos batallones desandaron camino, embistieron á Preititz, donde la división de Souham no estaba alerta, y le quitaron esta aldea así como el puente del Bloesaer-Wässer. Sorprendido Ney de este repentino ataque, volvió con su segunda división á la carga, atropelló á su turno á los batallones prusianos y entró en Preititz de nuevo. Reconquistada esta aldea, se necesitaba seguir el avance, allegar á Lauristón por la izquierda, atraer detrás á Reynier, para rebasar la posición de Blücher, recibir en cuadro, al modo que se había hecho tantas veces, á la caballería prusiana, trepar después las pendientes que defendía Barclay de Tolly, é ir á cortar los caminos de Wurschen y de Hochkirch, que servían de retirada al ala derecha de los coligados. Allí se hubieran cogido veinticinco mil prusianos y doscientas bocas de fuego, y la coalición quedara disuelta. El general Jomini, jefe de estado mayor del cuerpo de Ney, dirigió vivas instancias al mariscal ilustre para que obrara en este sentido; pero éste aguardaba á que las detonaciones de artillería, que sólo acababan de resonar sobre su derecha, se oyeran más próximas y más pro-

nunciadas, y á encontrarse menos aislado sobre tan vasto y complicado campo de batalla, del cual no tenía conocimiento alguno.

Con todo había llevado á cabo lo bastante para hacer insostenible la posición del enemigo. Impaciente Napoleón por comenzar el ataque, si bien no cediendo nunca á sus impacencias sobre el campo de batalla, no ordenó el fuego por su parte hasta que el suceso se halló suficientemente maduro. En efecto, protegido el general Bertrand por la artillería de la margen izquierda del Spree, trepó los escarpes de la margen derecha, y llegó á desembocar enfrente de Blücher. Arrimado éste á las colinas llenas de maleza de que hemos hablado, tenía su derecha en estas colinas, su izquierda en el Bloesaer-Wässer y en la aldea de Kreckwitz, su infantería en sus dos alas, su caballería en el centro, y una larga línea de artillería sobre su frente. Delante había llegado á desplegarse el general Bertrand con la división de Morand á la izquierda, la división wurtemberguesa á la derecha, y la división italiana de reserva. Entre la posición del general Bertrand y la ciudad de Bautzen se encontraban Marmont, la guardia y Macdonald, deseando con ardimiento el instante de entrar en lucha.

No bien retumbó el cañón de Ney á espaldas de Blücher, apresuróse Napoleón á dar la señal. Teniendo Marmont además de su artillería toda la de la guardia, rompió un fuego espantoso sobre los reducidos del centro que se hallaban delante, y luego dirigió parte de este fuego algo más oblicuamente sobre Kreckwitz y el flanco de Blücher, cuya posición vino á ser de esta suerte muy ardua.

Después de algunos instantes de tal cañoneo, se ponía Bertrand en movimiento para acometer la línea de Blücher cuando vió echársele encima al galope la caballería prusiana. Pero la división de Morand recibíola formada en cuadros á pie firme, rechazóla á fusilazos, y en seguida encaminóse contra Blücher en columnas de ataque. Entretanto la división wurtemberguesa avanzaba sobre Kreckwitz, situada en el recodo del Bloesaer-Wässer sobre las colinas llenas de matorrales. De tal manera quebrantó la artillería de Marmont las tropas que guardaban á Kreckwitz, que lanzándose allí un batallón wurtembergués con arrojo se apoderó de este punto.

Viendo Blücher amenazado su frente, atrajo á sí su segunda división, la de Ziethen, y la dirigió en línea para que se opusiera á Bertrand. Esta división halló á Morand muy firme en su puesto, y no le hizo retroceder un paso, pero ganó terreno sobre la división wurtemberguesa, y pasando más allá de Kreckwitz, copó al batallón que había señoreado esta aldea. Entonces Marmont redobló su fuego oblicuo sobre Kreckwitz, interin pasando Morand de la defensiva al ataque hizo que se replegara la división de Ziethen, y empujóla sobre las colinas que servían á Blücher de apoyo. Se necesitara en este momento que Blücher pudiera atraer á sí toda la guardia real prusiana, el cuerpo de Kleist y parte de las fuerzas rusas. Pero á todas sus instancias de socorro se respondió que estas fuerzas se hallaban ocupadas en disputar á Preititz sobre sus espaldas; que hasta lo habían perdido, y que si no se retiraba pronto, lejos de obstinarse en defender la posición que llamaba entonces mismo las Termópilas de Alemania, iba á ser copado

por el mariscal Ney con todo su cuerpo de tropas. Ante la evidencia de este peligro, que no le hizo comprender Mr. de Muffling sino á costa de gran trabajo, se decidió con el corazón desesperado á declararse en retirada, teniendo gran deseo de quejarse de Barclay de Tolly, que, al decir suyo, no había protegido sus espaldas, pero no atreviéndose á hacerlo y desquitándose con mil inyectivas contra el estado mayor ruso, que inútilmente había acumulado sobre las montañas unas fuerzas que se necesitaran mucho sobre la derecha de los aliados. De consiguiente retiróse Blücher, y pasó á la vista de Preititz y muy cerca de Ney que lo había señoreado. Por una fortuna inaudita en su abono, mientras bajaba de aquellas colinas, desde las cuales había prometido resistir á todos los esfuerzos de los franceses, y bajaba por Klein-Bautzen de ellas, creyendo más prudente Ney hacerlas evacuar antes de trasladarse á Hochkirch, las trepaba por Preititz, de suerte que Ney las subía por un lado, mientras Blücher las bajaba por otro. Así este caudillo prusiano pudo operar su retirada sin encuentro funesto, cruzó las líneas de la caballería rusa y prusiana, que había permanecido en batalla detrás de él para recibirle, y cuyo despliegue impuso á Ney en gran manera.

Mas no por esto se hallaba menos asegurada la victoria. Bertrand siguió á Blücher en retirada; viendo Marmont con su cuerpo de tropas y Mortier con la joven guardia el movimiento retrógrado del enemigo, bajaron á orillas del Bloesaer Wässer, lo cruzaron, y atravesaron la pradera inundada que se extendía al pie de los reducidos de Baschutz. Escalólos sin gran daño la joven guardia, porque el movimiento de retirada impreso á la derecha de los coligados se había comunicado á toda su hueste. Este movimiento general fué muy oportuno para libertar á Oudinot, que, asaltado á nuestra derecha junto al Tronberg por todas las fuerzas de Miloradowitch, vióse constreñido á replegarse y á tomar posición á la espalda, con la izquierda en Rabitz, la derecha en Grubnitz, donde encontró por apoyo al intrépido Gerard, jefe de la derecha de Macdonald. Al rumor de la victoria alcanzada sobre toda aquella inmensa línea, volvió Oudinot á tomar la ofensiva contra los rusos en retirada, y empujólos vivamente. En una extensión de tres leguas diéronse á perseguir á los coligados, pero no siendo el terreno á propósito para la caballería y no contando suficiente fuerza de esta arma, no se pudo recoger en punto de prisioneros y de cañones más que los heridos y las piezas desmontadas, cuyo número no dejaba de ser considerable de todos modos, y bastaba para dar gran lustre á esta victoria. De cierto, si el mariscal Ney fuera á la sazón tan temerario como intrépido, y fuerza es reconocer que á la distancia en que de Napoleón se hallaba su posición le debía inspirar zozobra, si le animara la feliz osadía de los tiempos pasados, se cogieran en esta jornada más trofeos que en Austerlitz, en Jena ó en Friedland, pues se copara toda la derecha del ejército enemigo, y especialmente á Blücher, nuestro más ardiente adversario. De todas maneras la victoria figuraba como una de las más insignes: hacia caer una posición formidable, defendida por cerca de cien mil hombres, y última ilusión de los coligados, al menos para esta parte de la campaña. Ya no se podían lisonjear de cerrarnos el camino del Óder; no podían sobre todo, á

no mediar un armisticio inmediato, permanecer arrimados al territorio de Austria, y por su territorio á su política.

Tocante á las pérdidas, á pesar de lo que posteriormente hayan dicho los escritores alemanes, eran menores de nuestro lado que del de los coligados. Éstos en las dos jornadas confesaron una pérdida de cerca de quince mil hombres entre muertos y heridos, y fué de mucha mayor monta. Con relación á estados muy exactos, la nuestra no se podía calcular en más de trece mil hombres entre muertos y heridos, aun siendo nosotros los acometedores, y por tanto más laboriosa nuestra tarea. Esta diferencia se explica por la situación de los combatientes. En la mañana del 21 ocupaba el mariscal Oudinot una posición dominante que se habían visto obligados los rusos á quitarle. Hacia el centro los mariscales Macdonald y Marmont sólo habían tenido que disparar cañonazos en esta jornada, sin exposición al cañoneo del enemigo. En la lucha del general Bertrand contra Blücher era igualmente ardua la situación para ambos adversarios, y el general Blücher sufrió de parte del mariscal Marmont un horrible cañoneo de flanco. Finalmente, del lado del mariscal Ney tuvo lugar en la aldea de Preititz la acción más viva, cuya aldea se perdió y volvió á ganar en condiciones igualmente mortíferas para uno y otro. A los falsos rumores esparcidos por los coligados, según su costumbre, relativamente á las pérdidas experimentadas por nosotros, dió margen la circunstancia de que, al abandonar el campo de batalla, nos dejaron sus heridos, y de que conmovidos los alemanes por la desgracia de tantas víctimas alemanas la mayor parte, se pusieron á recogerlos sobre el mismo campo, y á trasladarlos á todos en carritos de aldeanos ó en simples carretones, ya á las ciudades más cercanas, ya á la misma capital de Sajonia. Ahora bien; entre estas numerosas víctimas había tantos heridos de los coligados como de los nuestros. Sólo tuvimos que sentir más pérdidas que los coligados bajo el aspecto de los extraviados. Este nombre se da á los que no se hallan entre los heridos ni entre los muertos, y que las más de las veces son desertores. Dos ó tres mil hubo de ellos en la división italiana de Peyri y las tres divisiones alemanas que servían en los cuerpos de Oudinot, de Ney y de Bertrand; teniendo los tales desertores á su alcance las montañas de Bohemia, fueron á librarse allí de los peligros de una guerra que hacían muy contra su gusto.

A mayor abundamiento, aquí como en Lutzen se iba á juzgar de la victoria por sus resultados, ya que no por sus trofeos. Desde el día siguiente, 22 de mayo, quiso Napoleón perseguir al enemigo acosándolo por la espalda, repelerle más allá del Óder y entrar al mismo tiempo en la ciudad de Breslau, donde se había celebrado la alianza de Rusia y de Prusia, y en la ciudad de Berlín, verdadera capital de lo que se llamaba patria germánica, donde fermentaban las pasiones más violentas. Mientras personalmente iba á marchar detrás de los soberanos batidos, se creyó bastante fuerte para separarse de uno de sus cuerpos de tropas, el del mariscal Oudinot, que había sufrido en la jornada del 20 y del 21 más que los otros, y necesitaba tres ó cuatro días para rehacerse, y estaba muy de sobra aguerrido y muy vigorosamente guiado para aventurarle sobre la capital

de Prusia. Napoleón agrególe ocho batallones que guardaban á Magdeburgo y debían ser reemplazados por la división de Teste, perteneciente al cuerpo de Marmont y dejada en Hesse; le añadió unos mil caballos dejados en Dresde, todo lo cual iba á elevar este cuerpo á veintitrés ó veinticuatro mil hombres, fuerza bastante para batir á Bulow, encargado de cubrir á Berlín. Vivamente debía acometer el mariscal Oudinot al general Bulow, rechazarle sobre el Óder y avanzar en seguida sobre la capital de Prusia, mientras con el grande ejército empujara Napoleón á los coligados sobre Breslau.

Después de un descanso de algunas horas, expidió Napoleón sus órdenes el 22 de mayo por la mañana, y luego siguió el avance, haciendo que le precedieran los generales Reynier y Lauristón, que casi no habían peleado el día antes, y el mariscal Ney, que marchaba cerca de ellos. Seguía con la guardia y tenía detrás á Marmont, Bertrand y Macdonald. Después de las pérdidas de las dos jornadas, después de la separación del mariscal Oudinot, le quedaba á Napoleón una fuerza total de ciento treinta y cinco mil hombres por lo menos, y que debía elevar á ciento cincuenta mil la próxima llegada del duque de Bellune con sus batallones reorganizados. Más número era éste que el que se necesitaba contra un enemigo que no contaba más de ochenta mil combatientes. De consiguiente partió el día 22 por la mañana, y quiso asistir á la persecución en persona, con el fin de ensayar su caballería recientemente organizada. Por el camino de Bautzen á Górlitz se retiraron los aliados. Todo el día se anduvo con un tiempo magnífico, si bien extremadamente caluroso, por entre un país lleno de accidentes, como se debía esperar de ir á lo largo de la falda de las más altas montañas de Bohemia. Haciendo Napoleón la guerra de avanzadas, como á los veinte años, dirigía en persona las maniobras de detalle con una precisión y una exactitud de golpe de vista que admiraba á cuantos iban á su lado y aun á los testigos harto poco benévolo, como los de los oficiales de estado mayor extranjeros obligados á seguirle en calidad de aliados (1). Ya cerca de Reichenbach, descubrió en el fondo de una hondonada bastante abierta una línea de alturas, sobre la cual operó la infantería enemiga su retirada, dejando atrás una cortina de caballería á fin de que la protegiese. A la cabeza de los lanceros polacos y de los lanceros rojos de la guardia cayó el intrépido Lefebvre Desnouettes sobre la caballería enemiga con su energía y su destreza habituales. Rechazóla vivamente, si bien pronto se atrajo en contra una masa muy superior á la suya. Napoleón, que tenía los doce mil jinetes de Latour-Maubourg á la mano, lanzólos sobre el enemigo, y la llanura de Reichenbach quedó por nosotros, cubierta de un número bastante crecido de prusianos y rusos. Por desgracia perdimos un excelente oficial de caballería, el general Bruyere, veterano de Italia, á quien una bala de cañón rompió el muslo. No obstante la ventaja de este encuentro, pudo Napoleón echar de ver que, aun estando mezclada su caballería con los antiguos jinetes veltos de Rusia, su reorganización tenía muy

(1) Entre otros el mayor sajón Ondeleben, que, agregado á Napoleón como oficial de estado mayor, ha dado cuenta de las circunstancias más minuciosas de la campaña de Sajonia.